

# **XLV JUEGOS FLORALES DE LA VERA+CRUZ**

Capilla del Dulce Nombre de Jesús

Sevilla, 22 de mayo de 2014

Alberto García Reyes

Santísimo Cristo de la Vera Cruz, María Santísima de las Tristezas, demás autoridades aquí presentes, hermanos:

Sevilla es una cruz hecha con versos. Y de conversos. Un cruce de caminos entre los más grandes poetas y los mejores ripios. Un romance cuya letra se cuelga en los cordeles de las azoteas, que son nuestro cielo, para que se sequen con el viento cambiante que nos abocó a rematarla con una veleta. Eso somos. La Giraldilla. Hijos volátiles sin gravidez que cambiamos nuestra dirección con el aire. Por eso yo vengo hoy aquí, a la capilla del Dulce Nombre de la ciudad, a los pies de la Vera Cruz y con el llanto de María Santísima de las Tristezas, a dejarme guiar por el viento para jugar a las flores, a las cruces y a los versos de Sevilla. A barnizar el tríptico de sonetos que culminan este baño de literatura de la Reina Mora. Vengo a pasear sin rumbo cierto, con el Faro de la Fe iluminando el horizonte, por los caminos de Dios que Sevilla ha cubierto de pétalos y de ortigas. Vengo tarareando la letra del Mellizo con ecos de Manolo Caracol: “Tiro piedras por las calles / y al que le dé que perdone, / tengo la cabeza loca / de tantas cavilaciones”. Vengo a coger una cruz. ¿Quién me ayuda?

Quico Berjano, mi pregonero, me arrastró hasta aquí cuando todavía él no tenía ni idea de lo que es un atril y, en justa reciprocidad, creo que está obligado a ganarse mi perdón cargando el peso conmigo, aunque en el pecado ha llevado la penitencia. Así que, cumpliendo una de las grandes liturgias de Sevilla y su más fructífera industria, voy a robarle con descaro. Le hurto a manos llenas sus vacilaciones para empezar este viaje ante la cruz de la Resolana, que ya mismo va a cubrir de flores su corona y no su corona de flores, porque la Esperanza es exactamente la muerte del revés. “No te digo na, mira como vengo”, Quico, con más miedo que aquel novillero que se negaba a salir del burladero y, ante el clamor de la plaza para que se pusiera, tuvo que acudir el comandante en puesto de la Benemérita a decir: “Señores, que he hablado con el diestro y le he dicho que tiene que elegir entre torear o venirse al cuartelillo y ha elegido el cuartelillo”. La gente seguía pidiendo que toreara y el novillero, desesperado ya, exclamó: “Pero, bueno, ¿qué van a mandar ustedes, más que el comandante de la Guardia Civil?”. Yo hubiera preferido también el cuartelillo, pero esto me lo ha mandado un juez y no querré yo mandar más que un juez. Acaba de pregonar este júbilo Joaquín Caro Romero, el poeta de los susurros de los adentros, y aquí me tienes ahora, Kiko, con las palabras perdidas entre los papeles, intentando creer en mí al menos la mitad de lo que tú y tus hermanos habéis creído. Gracias por este marrón tan hermoso y te lo repito: “No te digo na”. Así que vente conmigo a buscar las cruces y las flores de Sevilla

y a escribir sonetos en los azulejos de las calles y en el mantillo de las macetas de geranios, como una hoja volandera del otoño en la corriente del aire, hasta que lleguemos al parque detrás de Ella, como penitentes de su vaivén jubilar, y sean sus manos bailaoras las que vayan escribiendo las palabras de mis labios, la Esperanza en su novena y este servidor en unas décimas.

Calor de carbonería  
en las parras de San Gil  
y frescor de perejil  
en la última crujía.  
Frío y calor de herrería  
donde se arman los romanos  
en los abismos cristianos  
de los hierros de esa danza  
que la Macarena alcanza  
en el baile de sus manos.

En esa blanca mejilla  
que te hiera la mirada,  
está la muerte matada  
con el luto de Sevilla  
cuando viste de mantilla  
su belleza en la negrura.  
Su dolor no tiene hechura  
porque tiene la medida  
de la agonía parida  
con la sentencia futura.

Nosotros siempre buscamos cruces nuevas que  
cargar y cruces nuevos que vivir.

No nos habíamos cruzado nunca con la Madre de San Gil en las clavellinas de los Montpensier, donde una dalia cuidaba Sevilla. Todos los poetas han ido a buscarla y ahora es Ella la que los busca en sus glorietas. Bécquer, Cervantes, Izquierdo... El parque es también una nave de crucero. Porque por mucho que indagemos en nosotros, ya la ciudad se ha crucificado en todas partes. Hay cruces de mayo en abril y ferias de abril en mayo. Su fiesta mayor está dedicada a la muerte. Pues todo aquí está cruzado. En la vera cruz, la Madre, que es la flor de la vida y por tanto el embrión de la alegría, se llama de las Tristezas. Y la cruz, que es la muerte clavada, es el símbolo del amor. La Vera Cruz es otra cruz sobre la Cruz. Es el símbolo que salva a esta ciudad que no se conoce a sí misma y, sin embargo, no para de mirarse al espejo. Cuántas cruces hay clavadas en el monte del olvido. En la capillita de San José las tinieblas barrocas de Duque Cornejo te echan su tragedia encima mientras canta un canario que los capuchinos cuidan junto al sagrario. Pájaro que celebra en algarabía el hundimiento del mundo en la cruz de las cuatro esquinas de las Sierpes. En la Caridad, que es la palabra que nos conduce a la Salvación porque es la que en su pureza original nos iguala en nuestras virtudes, están las Postrimerías de Valdés Leal. En un abrir y cerrar de ojos, in ictu oculi, Sevilla pasa de la muerte a la vida, que es el orden verdadero de nuestra existencia. Esto me recuerda a aquella cruz floral que hizo una vez el frutero de la calle Jimios, que todas las mañanas lleva su carrito de verdulería por las tabernas para colocar sus tomates. Es un hombre muy macabro

que disfruta haciéndose el compungido y comunicando al vecindario falsas tragedias de poca chicha. Un pope del malajismo sevillano. Pues una vez apareció el frutero por el bar Don Carlos, que es la casa natal del maestro Quiroga en la antigua calle de los Manteros, donde suena el bullicio a cofradía de María de la O, anunciando un drama: “Carlos, que se ha muerto ese que era camarero en el Mestre, ¿te acuerdas? Dame veinte euros para una corona de flores, hombre, que por lo menos nos acordemos de él la gente de aquí de la zona”. Carlos López, que tiene en la barra los mismos trienios que Rogelio el de Trifón, que hasta la mili la hizo de tabernero, cogió rápido la guasa y puso los veinte pelotes en lo alto. Se sumó todo el mundo. Hasta el cuponero, que doblemente a ciegas puso el dinero para el homenaje. Entre pitos y flautas, el frutero trincó una buena bolsa y desapareció. Pero a la mañana siguiente, cuando estaba otra vez en la casa de Quiroga dejando su malla de limones, apareció el camarero. El silencio fue casi tan imponente como el de San Antonio Abad. Y entonces llegó la velocidad de la picaresca de Sevilla y el tío de la fruta exclamó: ¡Milagro, ha resucitado!

Esta ciudad escribe sus mejores versos a tiza sobre los mostradores, con estrambote de platillo de altramuces, y resucita siempre de todas sus caídas. Se cruza en nosotros para zamarrearnos en nuestras contradicciones. Qué mangazo te voy a pegar, Kiko. ¿Cómo era eso que nos pregonaste del verbo cirinear? Sevilla cirinea como nadie. Te ayuda a caminar por sus tinieblas con ligereza.

Yo digo que todas sus flores son impares. Me  
quiere, no me quiere. Te quiere siempre, como el  
Señor, que paga su hipoteca en San Lorenzo.

En el lirio que se hacina verecundo  
Bajo el paso que se huella en la memoria  
Se derrama Tu sudor por nuestra Historia  
En el negro callejón tan oriundo.

Ni aquel farol que ilumina al Errabundo  
Alumbra ya las esquinas de la gloria;  
Porque esa cruz de Pasión premonitoria  
Se oscurece en Tu clamor meditabundo

Llevas arrastrando el peso vil del Hombre  
A compás de Tu racheo y cautiverio  
Entre llamas apagadas por el viento

Señor, que sea tu luz la que nos asombre  
Dándonos a elegir el santo misterio:  
La muerte o morir de Tu sufrimiento.

Siguiendo las zancadas de ese Gran Poder de los  
callejones he buscado cruces y he encontrado la que  
lleva la Esperanza estos días por entre las damas de  
noche y los lotos de María Luisa en estos versos de  
otro olvido sevillano, José de Velilla:

¡Y yo, más infeliz, que nada espero,  
estoy de mi calvario en la alta cumbre  
y, clavado en mi cruz, gimo y no muero!

Gimo y no muero es lo que dice el del Patrocinio, pero al estilo trianero, por soleá: “Cada vez que considero / que me tengo que morí / echo una manta en el suelo / y me jarto de dormí”. Esa cruz suya que forma el puente atravesando el río también me la encontré, como el lamento del hermano que se dijo al verle la cara “al Altozano no llega”, entre los papeles de Gustavo Adolfo Bécquer:

Allí donde el murmullo de la vida  
temblando a morir va,  
como la ola que a la playa viene  
silenciosa a expirar;

allí donde el sepulcro que se cierra  
abre una eternidad,  
todo cuanto los dos hemos callado,  
allí lo hemos de hablar.

Vamos a hablarlo aquí porque, como decía Romero Murube, por el cielo va deshecha la flor de mis voluntades y se me corta la vida con el cristal de esta tarde. Se preguntaban entre jipíos los gitanos de las caravanas en su primitiva huida: “¿A quién le viá contá yo / las penas que estoy pasando? / ¿Se las viá contá a la tierra / cuando me estén enterrando?”. Vamos a hablarlo ya sin rodeos. Así que me van a perdonar que me eche la cruz de mis soledades al hombro y me culpe a mí primero de lo que culpo a los demás. Porque yo no echo flores antes del estiércol. Huyo de la ojana en el cielo y en la tierra, de la coba, del borricate, del cartelillo y de convidar a quien no conozco.



Por eso esta quejumbre se entromete en mi indolencia, porque suena para adentro. Es como el eco aceitunado de la vieja que canta a solas, el metal clamoroso del corral, el lamento lastimero del que se cura con los callos de los nudillos, el sonido roto como los pantalones, que son jirones de amargura cubriendo del frío los andares, el alarido del bordón mohoso, el crujido de las costillas de la guitarra, el ay como medicina del hoy, el hoy como fuente del ay, el ay porque no hay, la verdad cayendo por la mejilla, la hambre cantando la copla de las tripas, el pan de manita ajena, a lo “pasaíto pasao”, piedra que perdió su centro, los niños pendientes del aire, sentados en la plazuela. Y el porvenir nunca llega.

La queja se entromete en mi indolencia y la vence. Porque se canta siempre lo que sobra en este patio desconchado en el que suenan las voces de mis soledades y mis honduras. De mis penurias y mis necesidades. Soy un indolente. No sé si he cogido el tono. Pero ya he cogido la cruz. He cogido la cruz de las Culebras del Salvador, la cruz de Hernán Ruiz de Santa Marta y la cruz del salón de la casa del Castillo, la cruz del Juramento de Zumárraga en el Archivo, la cruz de las promesas que nunca llegan, la cruz de la Cerrajería de la plaza Santa, la cruz de la calle de las Cruces, las cruces que la ciudad le echa a sus verdades, la cruz de la plaza de San Julián, la cruz de la puerta de Santa Catalina, que esa sí que es una cruz que Sevilla ya no soporta más, la cruz del Garfio de los Carboneros del Omnium Sanctorum, la cruz de los garfios de los piratas que navegan sin barco por nuestras

costanas, la cruz de Molviedro, la cruz de San Isidoro, la cruz de las Mercedarias, el cruceiro de Santa Justa y la cruz de la Casa de Pilatos, porque sólo en un sitio como éste puede uno lavarse las manos ante Dios y después exhibir una cruz. En esa cruz de los Medinaceli comenzaba el vía crucis que termina en la cruz del Campo, que, sinceramente, también suelo cargarla yo bastante. Pero mi cruz es la de las Doncellas, preludio del Jardín de la Cruz del Alcázar, laberinto viejo en el que me pierdo para escribir un soneto sobre las aguas del estanque del Monte Parnaso mientras el palo borracho de la Pampa brota en su lejana primavera del Río de la Plata junto al río del Oro de América ante la inscripción terminante de la fachada mudéjar: “No hay vencedor sino Dios”.

En el Jardín de la Cruz del Palacio  
De mirtos abadíes y rosales  
de espinas de coronas martiriales  
Germina el culmen y muere el prefacio.

El pleito de la luz contra el espacio  
Lo vencen los olores proverbiales  
De la gran cruz de los mayos florales  
Que el tiempo lleva al hombro tan despacio.

Alcázar de caléndulas y aljibes,  
De historias y leyendas de las flores,  
perfume de Dios, que nunca se acaba,

En el Jardín del jardín sobrevives,  
El lirio se marchita en tus fragores

Y Sevilla en tu magnolio se enclava.

Para mí este Alcázar de Cristal, como le llamó Rafael Riqueni, es como la “revelación interna” de Blanco White escrita en una servilleta de Casa Morales. La sublimación de lo cotidiano mientras Antonio Mairena me canta al oído que las rosas y las camelias no se pueden comparar. Otra cruz que aflora en mis divagaciones de mosto peleón en los medios de la Sacristía de los Cálices de la Catedral, que unas veces es la que alberga los lienzos de Goya y Zurbarán y otras la que llena las paredes de vírgenes y jamones en Casa Ricardo. Ya ha dicho el querido Ignacio Pérez Franco que una de mis cruces es verde y negra como los nazarenos de la Vera Cruz. Verde de la bética romana de los armaos y negra de las duquelas de mi Betis. Ese es el esplendor de esta fiesta de la flor que el Ateneo celebraba en el teatro San Fernando, con su corte del amor y la proclamación de su reina, para recoger los versos del pueblo en una revista que fundó hace ahora exactamente un siglo Félix Sánchez Blanco y que se llamó, no ni na, la Revista Bética. A los tres años desapareció, como la Orquesta Bética Filarmónica de Falla, que también padeció la cruz de su nombre hasta que se hundió y luego volvió a resurgir, que es lo que suele pasar cuando se lleva esa palabra en las entrañas. Madre mía de las Tristezas, qué pena más grande. “Dicen que la pena mata / y yo te digo no que no / que si la pena matara / ya me hubiera muerto yo”. Por eso no corren buenos tiempos para mi lírica, o tal vez todo lo contrario, qué sé yo.

Sé que tengo que buscarla en los templos sacrosantos de mi fe y en los volapiés de las tabernas o en la masa de las croquetas, que tanto gustan a los pregoneros. Ahí están los juegos florales de Sevilla, que tiene el don de hacerte la cruz y echarte flores al mismo tiempo. Las flores a la cara y la cruz siempre por la espalda. Por eso me pongo de frente y trazo con la yema de mi dedo esta espinela sobre el vaho de los cristales, para que dure sólo un suspiro, que es el grito más serio que conozco.

Cruz que cruza la cruzada  
De las cruces de la muerte  
Crucificando la suerte  
De la luz crucificada.  
Cruz de flores marchitadas,  
Cruz de la eterna madera,  
Cruz de la cruz agorera,  
Y cruz que expira en la cruz:  
Desvélanos tu trasluz,  
Vera Cruz, cruz verdadera

Muestra la cruz de tus cruces  
De oropeles y fortunas,  
De miserias y de hambrunas,  
Con la que te das de bruces.  
En esa cruz que balbucea  
Donde la ciudad se escuda  
Y en la que Dios se desnuda,  
¿Está la muerte muriendo?  
¿Está la vida naciendo?  
¿O está la cruz de la duda?

Yo no dejo que me aceche la duda. Voy siempre a buscarla. Y estos cuadragésimo quintos Juegos Florales de la Vera Cruz que hoy recitarán un tríptico de sonetos cuando este mantenedor termine su chaladura me tienen aquí vacilando demasiadas cosas. Veo flores y cruces por todas partes. ¿No era un ciprés anunciando tramos de sombra eterna el cartucho de Pepe Luis? ¿No era un pétalo de rosa de las Hermanas de la Cruz el capotillo de Curro ante la muerte? ¿No es otra cruz la almohadilla que se cruza con el ole? Vente conmigo, niño, por el romero en flor, que diría Lole Montoya, porque según Pareja Obregón la flor del romero llora. ¿No es el Museo de Sevilla, a donde iba a diario Juan Miguel a copiar las maravillas de Murillo y Rafael una cruz del olvido de Rafael de León? ¿No es un esperpento el florilegio de Alejandro Sawa a Manuel Machado en el azulejo de San Pedro Mártir? “Jamás un hombre más nacido para el placer fue al dolor más derecho”, dice ese epitafio con hechura de crismón que apaga las luces de la bohemia de esta Sevilla insolente que no se acuerda de sí misma mientras reclama falsas tradiciones. Por eso hay que irse siempre a los labios de Jesús para encontrar la verdad verdadera. Siempre he pensado, y como no tengo claro mi acierto lo someto a debate, que este Cristo de la Vera Cruz habla por la boca de sangre que tiene abierta en su costado. Habla por la llaga. Decía una cantaora terrible de Jerez que se llamaba Anica la Piriñaca, que cuando cantaba bien, la boca le sabía a sangre. A hierro oxidado. Jesús escribe todos sus sonetos sobre su piel

con los hilos de dolor que brotan de la boca. Pero su palabra es dulce en Sevilla, pues aquí sólo son amargas las naranjas. Por eso este paseo termina en el cementerio, campo de malvas silvestres y ramos de margaritas que en su centro, rodeado de muerte, alza la cruz de Susillo para rematar este romance con Sevilla. Un milagro convirtió el polen de las flores de las coronas fúnebres y de las orquídeas y crisantemos de las lápidas en melaza de un panal de abejas que vino a asentarse en los metales huecos que moldean al Señor. Y con las calores la miel perdió su cuajo y se desparramó por su boca. El Cristo de la Vera Cruz habla sangre por la llaga de sus costillas y el de las Mieles endulza su recitar ahora en esta capilla del Dulce Nombre de Jesús. Por eso yo me voy a quejar en la agonía de este texto con el azúcar de dos rosas cruzadas ante Dios. No quiero que la boca me sepa a sangre. Sólo quiero exclamar por los herrajes de esas ventanas, con yemas de San Leandro en los labios de Sevilla y desde las azucenas del alminar, como un almuédano fundido en bronce que gira con el viento, este alegato de mi cuarto de cabales del parque que corona nuestra Esperanza:

He hecho una cruz con dos rosas  
sobre el altar de la iglesia  
porque aquí es el funeral  
en el que cantan por fiesta  
los naranjales que lloran  
por sus níveas flores muertas.

He hecho una cruz con dos rosas  
sobre el mantel de esa casa  
porque allí se aja la pena  
de las camelias de Marta  
cuando el dolor ya se aleja  
por las corrientes del agua.  
He hecho una cruz con dos rosas  
Sevilla, sobre tu tierra  
porque está llorando dalias  
la herida de tus dolencias  
y los rosales van solos  
haciendo de plañideras  
tras la cruz de tus dolores  
en busca de tu querencia.  
He hecho una cruz con dos rosas  
crucificando tu ausencia,  
dos rosas de tu peana  
con espinas de inocencia.  
¿Dónde estás, cuna tartesa?  
¿En las rosas, o en los cardos?  
Yo he hecho una cruz con dos rosas  
para cubrirla de nardos  
de varas de la patrona  
y aquí seguiré esperando  
hasta que vuelva tu gloria  
a la huella de tus pasos  
y a la cruz de tu memoria.  
Sevilla, ¿dónde te ocultas?  
Respóndeme con euforia.

Yo he hecho una cruz con dos rosas  
para oler pétalos viejos.  
Anda, recuerda, preciosa,  
resucita tus olores  
y tu garbo de señora,  
haz que te envidien las flores,  
Sevilla, por dios, aflora.  
Que los jilgueros cantores  
canten de nuevo tu aurora  
y que curen tus dolores  
las fragancias de la rosa.  
Ay, yo he hecho una cruz con ellas  
para rezarle tus cosas  
y le he encendido dos velas.  
Prisa no tengo ninguna  
siempre que a tus cosas vuelvas.  
La cruz no es anuncio de muerte.  
Es la vida en duermevela  
que se desvive en su suerte  
por esta chiquilla eterna  
que en su cunita se duerme  
pero que siempre despierta.  
Y si ahora tiene sueño,  
yo he hecho una cruz con dos rosas  
para cantarle su ea  
con mi nana silenciosa.  
Sssshhh. Que se me marea.  
No me la toquéis,  
que así es la rosa.  
Sssshhh. Apaga la luz.  
No me la toquéis,  
que así es la Cruz.